

Oriana Fallaci
Tan adorables

Miss Fallaci
a la conquista de América

Traducido del italiano
por Carlos Gumpert

Alianza editorial

Título original: *Gli adorabili*

Publicado originalmente por Rizzoli, Milán, Italia

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a una ayuda del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Primera edición: febrero de 2025

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Fotografía de portada: © Bernard Gotfryd/Premium Archive/Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023, Mondadori Libri S.p.A., Milán
© de la traducción: Carlos Gumpert, 2025
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-879-2
Depósito legal: M. 24.559-2024
Printed in Spain

Índice

AUDREY HEPBURN

Una chica triste

- | | |
|-------------------------------|----|
| 1. La anti-Marilyn | 13 |
| 2. Dos cabezas y una almohada | 19 |
| 3. Una esposa europea | 25 |

JAMES DEAN

Hermoso y salvaje

- | | |
|--|-----|
| 4. Al mundo del cine la muerte no le sienta bien | 35 |
| 5. El primer amor | 51 |
| 6. Rival de Marlon Brando desde el principio | 69 |
| 7. Anna Maria Pierangeli, una diva fuera de lo común | 85 |
| 8. Detrás de la máscara | 103 |
| 9. Las últimas semanas | 119 |

MARILYN MONROE

La aventura más americana

- | | |
|--|-----|
| 10. Odiada como una mujer celosa | 135 |
| 11. El vestido de novia manchado de sangre | 145 |
| 12. El embarazo | 149 |

13. Una hora con Arthur Miller	157
14. La sombra de Gregory Peck	167

AVA GARDNER
Los hombres equivocados

15. El más joven de los cómicos italianos, Walter Chiari	177
16. Una intuición formidable	185
17. «Cuando me enamoro, me caso»	197
18. Frank Sinatra: un drama de principio a fin	211
19. Una habitación con las paredes de cristal	225

HERMOSAS Y ENAMORADAS

20. Brigitte Bardot: famosa sin mover un solo dedo	243
21. Hermosas a los treinta	251
22. Sofia Loren y una maleta llena de espaguetis	257
23. Ingrid Bergman, una mujer paciente	269

FUERA DE TODO ESQUEMA

24. Yul Brynner, fascinante cruce entre una gitana y un mongol	289
25. Anna Magnani, cien mujeres a la vez	297
26. Errol Flynn, el último de los locos años veinte	305
27. Joan Collins, una niña tímida va al colegio	313

APÉNDICES

Notas biográficas	321
Fuentes	331

Los artículos de los que proceden estos textos fueron publicados entre 1954 y 1959 en la revista *L'Europeo*; para referencias más concretas, consúltese la página de fuentes al final del volumen. Para contextualizarlos mejor, se ha preferido mantener la grafía de la época.

AUDREY HEPBURN

Una chica triste

1. La anti-Marilyn

Las vacaciones romanas de Audrey Hepburn y Mel Ferrer dieron comienzo a las siete de la mañana del miércoles 29 de septiembre de 1954, cuando, temblorosos y espantados, los dos cónyuges llegaron a la estación Termini en el tren procedente de Ginebra. Decenas de periodistas y fotógrafos los esperaban bajo la marquesina: ni siquiera el viejo Charlot, cuando llegó por primera vez a Roma, había conseguido reunir a tantos. Allí estaban todos los corresponsales de los periódicos europeos y americanos, los representantes de las agencias más importantes; célebres fotoperiodistas que se habían visto convocados por nerviosas llamadas telefónicas y convulsos despachos desde las oficinas de Londres y Nueva York. El matrimonio de los dos actores había pillado a todos por sorpresa y los corresponsales tenían órdenes de enviar posibles entrevistas y fotografías cuanto antes, costara lo que costase. Uno de ellos, más aplicado que los demás, llegó a Ginebra en avión y consiguió un asiento en el «coche cama» que llevaba a los Ferrer a Italia. Durante veinticuatro horas estuvo parado delante del compartimento de la pareja del momento, suplicándoles que le dejaran hablar con ellos. En la frontera había comprado una cesta de flores y dos botellas de champán y se las había hecho llegar a los recién casados, junto con una tarjeta de felicitación: todo en vano. Tanta insistencia solo había contribuido a aterrorizar a los Ferrer, quienes, tímidos por natura-

leza, cuando llegó el momento de bajar en la estación de Roma, se refugiaron en un vagón de tercera clase, donde permanecieron escondidos aproximadamente media hora. «¿Dónde están?», refunfuñaban los periodistas. «Se ve que han tomado un avión». «Se están burlando de nosotros». Al final, Dick Erman, de Associated Press, los descubrió a través de una ventana. «Please», gritó entonces el reportero. «Please, salgan ustedes. No pretendemos hacerles daño». Y el matrimonio Ferrer, derrotado, se decidió a bajar del tren.

Ella llevaba una capa rosa, con un pañuelo del mismo color. Iba despeinada y sin maquillaje, silenciosa. Él llevaba un traje gris arrugado y, para recuperar la compostura, intentó gastar una broma: «Tenemos un perro guardián con nosotros. Estamos de luna de miel y no buscamos publicidad. ¿Prometen dejarnos en paz?». «No», respondieron los periodistas, que los siguieron hasta la salida. Fuera se hallaba el Mercedes gris del productor Forges Davanzati. Audrey y Mel montaron rápidamente en él y el vehículo partió a toda velocidad hacia Vigna Sant'Antonio, la villa a tres kilómetros de Albano que los recién casados habían elegido para su estancia. Los periodistas no se desanimaron. Subieron a sus automóviles y empezaron a correr tras ellos, en procesión. Fue la persecución más cinematográfica que ningún personaje pudo soñar jamás. De vez en cuando el Mercedes gris se detenía y el conductor bajaba con gesto de enfado. «¿Queréis parar de una vez?», gritaba. «No», le contestaban los otros, y se reanudaba la carrera. Al salir de Roma, sin embargo, los Ferrer lograron despejarse y su coche se introdujo, sin ser visto, por la puerta de entrada de Cinecittà. Durante dos horas, Audrey y Mel permanecieron encerrados en un estudio, bebiendo coñac para recuperarse; y cuando empezaron la segunda etapa del viaje, ya estaban solos y en paz. Pero en Vigna Sant'Antonio el rostro de Audrey volvió a palidecer y los ojos de Mel echaban llamas: allí estaban los perseguidores, esperándolos. Entonces los Ferrer entraron en la casa, desempacaron las veintitrés maletas, se cambiaron de ropa y convocaron a los fotógrafos para posar en el jardín: rígidos, algo avergonzados, cogidos del brazo o con las manos a la espalda, como los príncipes de sangre real cuando anuncian un compromiso. Mel no abrió la boca. Audrey se limitó a decir: «Es curioso lo

que me está pasando. Cuando vine a Roma, hace dos años, nadie me hizo el menor caso».

En el verano de 1952, la chica que en el curso de un año habría de convertirse en una de las actrices más famosas del mundo era casi una desconocida. *Roman Holidays* era su primera película. Lo único que se sabía de ella era que Colette la había elegido para interpretar *Gigi* en Broadway, que provenía de una familia adinerada y que estaba comprometida con James Hanson, un joven londinense de aspecto bastante insulso, director de una agencia de transportes en Inglaterra y Canadá. La baronesa Van Heemstra, madre de Audrey, impulsó el enlace al enterarse de que Gregory Peck estaba cortejando a su joven compañera de reparto. En Roma se decía que Peck estaba enamorado de Audrey y que le prestaba una atención excesiva para ser una mera compañera de rodaje. Los rumores ganaron credibilidad cuando Audrey rompió el compromiso y la esposa de Peck se fue a París con sus hijos. En aquel momento Audrey Hepburn aún no conocía a Mel Ferrer. Solo lo había visto una vez en una película en la que interpretaba el papel de un médico negro (*Harlem Tragedy*), y lo consideraba únicamente *a fine actor*, un buen actor: todo, menos atractivo como hombre. Su encuentro con Mel Ferrer no tuvo lugar hasta un año después, cuando el actor, que pretendía montar en Broadway la obra *Ondine* de Jean Giraudoux, sugirió su nombre. Aquella muchacha frágil y delgada, *half boy and half girl*, como él mismo se expresó, parecía hecha a medida para personificar a Ondina, la niña-espíritu, la ninfa que vive en las aguas de un lago y se enamora de Hans, el caballero que afrontará la muerte por haber osado amar a una criatura inmortal. Audrey aceptó y el éxito fue memorable. Los críticos se devanaron los sesos para inventar adjetivos hiperbólicos, llenos de exaltación. Hepburn era *charmante, fashionable, stylish, soignée, ravissante*. Hepburn era la gracia, la elegancia. Hepburn era una artista y había creado un nuevo tipo de mujer: la mujer-niña, la mujer-duende, la mujer sin curvas, la anti-Marilyn Monroe. En una época enloquecida por las curvas, Hepburn impuso su figura efébrica y desnutrida, de caderas muy estrechas y pechos aplanados. Dior creó sobre ella un nuevo estilo de moda.

Fue en el apogeo de su éxito cuando Audrey se enamoró de Ferrer. La nueva pareja de Audrey era doce años mayor que ella, que tenía veinticuatro. No era excesivamente popular, por más que hubiera trabajado bastante como actor y director de cine, teatro y radio. No era guapo y lo afligía una calvicie prematura que constituía uno de sus muchos complejos: cuando «rueda» tiene que llevar peluquín. No era ni rico ni elegante: no era raro verlo vestido con el mismo traje que tenía un desgarró remendado en la solapa de la chaqueta. No era brillante: era metódico, silencioso, con extrañas rigideces de *big brow*, un intelectual presuntuoso. Además, estaba casado, se había divorciado varias veces y tenía cuatro hijos: Pepa, de trece años, Mela, de doce, Christopher, de once, y Mark, de diez, todos con Frances Pilchard, con la que se había casado dos veces y de la que vivía separado. «Y sin embargo», dice Audrey con candor, «me enamoré de él a primera vista. Corría tras él como una colegiala». Decidieron casarse cuando él aún no había obtenido el divorcio; por eso Audrey se fue a Suiza fingiendo un agotamiento nervioso y Mel aceptó rodar una película en Cerdeña. Todos los sábados él tomaba el avión y se dirigía a Bürgenstock, donde Audrey se alojaba con la escritora Anita Loos, que hacía de carabina. A los demás les decía: «Voy a visitar a mi tía».

La romántica historia la contó el matrimonio Ferrer la tarde del miércoles, durante una rueda de prensa celebrada en un hotel romano, tras muchas vacilaciones e incertidumbres. Audrey entró con aire decoroso, del brazo de su marido. Llevaba un vestido de lana gris muy ajustado que le dejaba los brazos y el cuello al descubierto y que provocó de inmediato numerosos comentarios. Era una niña pequeña; no: era una gran dama. Era sofisticada; no: era muy sencilla. Parecía un efebo; no: era sexi. Mel la sostenía con ternura, vagamente paternal, y fueron a sentarse juntos en un sofá, con aire de asistir a una ceremonia. «Me recuerda a la rueda de prensa de *Roman Holidays*», dijo alguien, notando la actitud remilgada de la señora Ferrer; y lo que hacía más vívida la comparación fue el hecho de que muchos periodistas, que habían participado como extras en esa escena de la película, estaban de nuevo frente a ella con libreta y lápiz en mano. Justo en ese momento Audrey reconoció a Paul Hofmann del *New York Times*, a Bill Pepper

de la United Press, a Reynolds Packard del *New York Daily News*, y su expresión cambió de repente. Estalló en una carcajada infantil y apuntando con el dedo índice hacia ellos exclamó: «You! And you! And you! Oh, Mel, is it not exciting?». El hielo se había roto y todos se apiñaron a su alrededor, intercambiándose preguntas y respuestas. No, no creían que su carrera pudiera interferir en su matrimonio: tenían la intención de permanecer siempre juntos y tener muchos hijos. Sí, ella sabía cocinar, aunque no sea una cuestión imprescindible; ambos comen muy poco: Mel, pan negro y tortillas; ella, carne cruda, verduras y ciruelas hervidas, para mantener la línea. ¿Y qué pensaba de la línea H? Que era preciosa, le gustaba muchísimo. ¿Sabía que Dior la había creado inspirándose en su figura? Pues no, en realidad, y sospechaba que al decirle eso querían burlarse de ella. De lo contrario, debería sentirse *very much flattered*, muy halagada. ¿Es que su vestido de novia no había sido diseñado por el sastre francés? Qué va: lo había diseñado ella misma, siempre diseña su propia ropa, estudió pintura en la academia. Pero desde luego le habría encantado llevar un modelo del señor Dior si los modelos del señor Dior no fueran tan caros. ¿Y cuánto pesaba? Cincuenta kilos. ¿Cuánto medía? Un metro setenta. ¿Qué circunferencia tenía su cintura? Cincuenta y un centímetros. Alguien le pidió incluso su opinión sobre la sentencia del caso Montesi. «¿Qué?», preguntó entonces con asombro. Desaparecido todo rastro de timidez, parecía una niña pequeña que, entre risas, levantaba su carita sin rastro de maquillaje y se despeinaba su pelo castaño, muy corto, como el de un chico. Mel la miraba con ojos tranquilos y rara vez intervino.

Los días siguientes no conllevaron para Audrey y Mel emociones aparentes. La villa de Vigna Sant'Antonio (que es donde Gregory Peck vivió con su familia durante su estancia en Roma) les ha sido cedida por un mes y el matrimonio Ferrer tiene intención de pasar allí el mayor tiempo posible desde que supieron que el alquiler les cuesta medio millón. Ni uno ni otra son derrochadores, prefieren manejar con prudencia sus ganancias y su ideal de vida es tranquilo, estrictamente burgués. Se levantan temprano por la mañana: Mel va a trabajar a Cinecittà en la película *Proibito* y Audrey se queda en casa leyendo, dibujando, ordenando las habitaciones. No acuden a restaurantes ni a locales noc-

turnos, no reciben visitas: un agente de policía se encarga desde las siete de la mañana hasta medianoche de que nadie intente cruzar la puerta sin ser invitado. Aún han de pasar cuatro semanas en Roma; el 1 de noviembre partirán hacia Ámsterdam, donde nació Audrey y donde viven todos sus familiares. Luego ella irá a rodar una película a Inglaterra y él a Hollywood. Sus contratos los mantendrán a menudo separados y todavía no saben dónde podrán levantar su hogar.

2. Dos cabezas y una almohada

Cuando le preguntan si es cierto que Audrey Hepburn y él están a punto de divorciarse, Mel Ferrer ni siquiera se enfada. Se echa a reír. «Dígame: ¿tengo el aspecto alguien que está en medio de una crisis matrimonial?», pregunta en italiano; y su rostro amable y enjuto adquiere una expresión juguetona, con un destello ingenioso en los ojos. «Audrey y yo somos como las dos mitades de una nuez encerradas en su cáscara», añade con aire de confiar un secreto, y se asoma de inmediato al vestíbulo del hotel para pedirle confirmación a su mujer. Audrey no está allí. Ha salido a pasear por los Campos Elíseos y Mel la espera impaciente; en parte porque no quiere que lo entrevisten solo y en parte porque está preocupado. En París nieva, y «esa locuela» anda siempre con la cabeza descubierta, un vestido ligero y zapatos de vestir, no hace falta más con un tiempo así para pillar un resfriado. «Ya sabe usted: Audrey tiene veintiséis años, pero es como si fuera una niña. Incluso para las cosas más pequeñas tengo que estar encima de ella», dice, observando a su alrededor con mirada inquieta.

Audrey ya ha llegado, pero él no la ve. Se ha acercado por detrás, de puntillas, y aparece de repente ante él, increíblemente pequeña con su abrigo negro, su cabecita despeinada por el viento, su cara delgadísima enrojecida por el frío, su amplia boca sin pintar que se abre en una sonrisa alegre. «Bonsoir, mon mari», exclama con voz infantil, un poco

estridente. «Te he comprado un suéter, ¿quieres verlo?». Él se levanta de un salto, ya más tranquilo, la observa abrir el paquete, escucha sus palabras atropelladas sin interrumpirla. «Es un jersey de pura lana, *darling*, lo elegí en gris porque te sienta bien el gris. ¿Has trabajado mucho, cariño? ¿Qué tal está Renoir? Me he pasado la tarde dando vueltas para encontrar este color. Estoy hambrienta. ¿Lo preferías azul, *chéri*?». Al final se calma, se sienta, pide una limonada, me reconoce, me saluda con alborozo, pregunta de qué estábamos hablando. Y en cuanto se lo contamos, se pone seria. Sus inmensos ojos marrones, dibujados con inexperiencia por el lápiz, adquieren una expresión casi dolorosa. «Otra vez con esa historia tan horrenda», se queja, «esa horrenda historia que se inventaron en el extranjero o quién sabe dónde y de la que se hicieron eco hasta los periódicos de Milán; ¿por qué se portan tan mal? Han llegado incluso a decir que buscamos cualquier oportunidad para no estar juntos. Mel, querido, díselo tú, que no nos separamos ni un minuto». Mel asiente gravemente y saca una pequeña agenda. Desde que se casaron escribe todos los días en su diario, y aquí está la crónica de los últimos tiempos.

Durante cuatro meses vivieron en Roma, donde filmaron *Guerra y paz*. La mañana del 23 de octubre partieron juntos y vinieron a París. Él tenía las pruebas de vestuario para la película de Renoir que está rodando con Ingrid Bergman, *Eliana y los hombres*. Ella tenía que rodar con Fonda, pero prefirió seguirlo. Estuvieron en París durante dos días y luego continuaron hacia los Estados Unidos. Una vez en Hollywood, se quedaron allí durante una semana con los niños, Marc y Pepa, que viven con la segunda mujer de Mel. Juntos partieron hacia Europa y se separaron en Zúrich. Ella fue a Roma para rodar las últimas escenas de *Guerra y paz*, él a París para empezar su película. La separación apenas duró una semana. Luego Audrey se reunió con su marido en París. «Si por lo menos nos hubiéramos peleado, si hubiéramos tenido una discusión en público», se lamenta ella. «Pero nada. ¿Cómo pueden decir que queremos divorciarnos?». Se le quiebra la voz en la garganta, parece estar a punto de llorar. «Han llegado a publicar incluso fotografías de una falsa discusión», refunfuña Ferrer. Y alude al reportaje aparecido en un periódico italiano en el que se veía a Audrey llamando a al-

guien en vano, y a Mel subiendo a un autobús. «Ella lo llamó», aclaraban los pies de fotos, «pero él no le contestó y se alejó en el autobús». Ferrer niega con la cabeza y cuenta la versión exacta. No habían discutido. Salían del hotel cuando un fotoperiodista se les acercó y les pidió que posaran. «¿Qué he de hacer?», preguntó Ferrer. Y el otro: «Nada. Caminar». Él se dirigió hacia un quiosco y Audrey le gritó que comprara una revista en cuya portada aparecía Elsa Martinelli, su actriz favorita. Mel le dijo: «De acuerdo» sin darse la vuelta. Luego pasó un autobús. El fotógrafo le pidió a Mel que subiera. Mel hizo el gesto para complacerlo. «Eso fue todo», concluye Ferrer con resignación.

Lo cierto es que hay pocos actores que sean objeto de tantos malentendidos como los cónyuges Ferrer. Sería inexacto decir que es un matrimonio popular y que los fabricantes de escándalos los miran con benevolencia. A muchos no les gusta este *ménage*, y la razón es que Audrey y Mel son diferentes a otras parejas de la pantalla y no hacen nada para despertar la simpatía de quienes llevan la voz cantante en los ambientes del cine. En primer lugar, no se comportan como sus colegas de profesión. No tienen en cuenta las exigencias publicitarias. No tienen trato con otras estrellas. No participan en cócteles. No van a clubes de moda. Desde que están en París solo han estado dos noches en un *night-club* y una vez en el Lido, donde hay un famoso espectáculo de estriptis, «porque son esas cosas que hay que ver una vez en la vida por lo menos». No visten con elegancia. Nadie ha visto nunca a Audrey con un abrigo de pieles. A ella no le importa, no lo necesita, ni se lo ha comprado. Fuman muy poco. Nunca se emborrachan. Ni siquiera tienen coche. «¿De qué nos sirve?», dice Audrey. «Yo no sé conducir. Mel no es de esos a los que les gusta fanfarronear con un coche exclusivo». No son especialmente proclives a los periodistas. No hacen confesiones sobre su vida privada. Muestran una actitud polémica con los actores que viven en Beverly Hills. Audrey solo ha estado una vez en Hollywood, que le dio gloria y riqueza, cuando estaba filmando *Sabrina*, y permaneció allí lo mínimo indispensable, ni un día más. «Soy europea», dice con orgullo; y el propio Ferrer, ciudadano americano, admite estar completamente europeizado. Prefieren vivir en Roma o París. Hablan italiano y francés perfectamente. Usan estos

dos idiomas incluso cuando están juntos, un detalle que ciertamente no le gusta a Louella Parsons. Su hogar no está en Hollywood, como les gustaría a sus productores, sino en Bürgenstock, cerca del lago de Lucerna, y es allí donde van a descansar, rechazando toda compañía.

«Estamos muy bien solos. ¿Quién necesita a más gente?», dice Ferrer. De esta intimidad absoluta los curiosos se sienten excluidos; y de ahí, según explica, nacen los chismes. Se ha llegado a decir incluso que hay fuertes celos profesionales entre ellos y que es esa la causa de la discordia. Es indudable que los celos profesionales son un veneno que no debe subestimarse entre personas que realizan el mismo trabajo, pero en el caso de los Ferrer la insinuación no está justificada. Tienen ambiciones demasiado diferentes como para chocar. A ella le gusta ser actriz. A él la actuación no le interesa en exceso. Prefiere dirigir y escribir libros. Si acepta actuar es porque le pagan bien. También se ha dicho que sus formas de ser son demasiado independientes como para llevarse bien. En cambio, nunca se había dado un caso en el que dos personalidades tuvieran tanto en común. Ambos provienen de un estrato social elevado. La madre de Audrey pertenece a la aristocracia holandesa. El padre de Mel es un profesional adinerado, una de sus hermanas es cirujana y la otra periodista. Además, ambos son sofisticados, se divierten pasando por intelectuales, les gusta ahorrar el dinero que ganan. Está claro que el catálogo de sus dificultades familiares no es corto. No resulta fácil, por ejemplo, ser actor cuando la gloria artística de tu mujer supera la tuya; la posición del príncipe consorte siempre es un poco embarazosa. Al mismo tiempo, no es fácil para una chica de veintiséis años aceptar el papel de madrastra. De sus anteriores esposas, Mel Ferrer tiene cuatro hijos a los que quiere mucho y Audrey debe compartir necesariamente su cariño con ellos. El hecho de que hayan conseguido superar tantas dificultades es una señal evidente de que se quieren.

Los columnistas que inventaron la noticia del divorcio acusan a Ferrer de dominar a su esposa y de haberle cambiado el carácter con su nefasta influencia. «Es evidente que he cambiado de carácter», contesta Audrey, mirando con ternura a su marido. «Me ha hecho más concienzuda, más segura. Pero es falso que pretenda dominarme. Lo

único que quiere es protegerme. Y claro que se ocupa de mi trabajo. ¿Por qué no debería hacerlo? Es mi marido. Yo, además, no entiendo mucho de negocios». Hay un episodio que le da la razón, y tuvo lugar en Londres, donde Mel estaba rodando una película. Audrey fue a visitarlo al estudio y se topó con un fotógrafo que le pidió una instantánea. «Claro», respondió ella, y se colocó delante de la cámara. El fotógrafo estaba a punto de tomar la foto cuando Mel gritó: «No». «Hoy no», dijo Audrey entonces, y se alejó rápidamente. Los periodistas publicaron la noticia. «Él le prohíbe incluso que le saquen fotografías», dijeron. No sabían, explica Ferrer, que se trataba del fotógrafo que había difundido en América el fotomontaje en el que solo aparecía la cabeza de Audrey. El cuerpo, vestido con un diminuto bañador, era el de Terry Moore: «Audrey no reconoció a ese señor, pero yo sí, y no podía permitir que volviera a burlarse de ella».

Hay que tener en cuenta la vida y la apresurada carrera de esta joven de veintiséis años demasiado afortunada para comprender hasta qué punto ha influido en ella su matrimonio con un hombre como Ferrer, tres veces divorciado y doce años mayor. Al contrario de lo que muchos creen, Hepburn no tuvo una infancia y adolescencia felices. La baronesa Van Heemstra ya estaba divorciada y tenía dos hijos cuando se casó con el señor J. A. Hepburn, uno de los dirigentes del Partido Fascista Inglés; y Audrey solo tenía cuatro años cuando su madre se divorció por segunda vez y su padre se marchó, dejándole solo un apellido. La falta de un padre la torturó durante mucho tiempo junto con el miedo a ser fea («Siempre estuve convencida», dice, «de que mi figura era demasiado larguirucha, mi boca demasiado ancha, mis dientes demasiado irregulares, mi nariz demasiado grande, mi pelo demasiado liso»). Y cuando los alemanes invadieron Holanda, donde ella vivía con sus hermanastros y su madre, el hambre y el terror también contribuyeron a hacerla tímida y asustada. Una vez terminada la guerra, lo único que quedaba de esplendores pasados era un título nobiliario, y Audrey tuvo que esforzarse para encontrar un trabajo. Fue bailarina «de respaldo» en un club nocturno y en diversos programas de variedades, posó para vallas publicitarias y durante dos años su carita de ratón ensalzó la eficacia de la Lacto Calamina, una crema que borra las

arrugas. Luego llegó el éxito repentino y Hepburn se convirtió en una diva.

«Ciertos golpes de suerte pueden ser muy peligrosos para una chica de veinte años», dice Audrey. «Y no sé qué habría ocurrido si no hubiera conocido a Mel. Estaba como borracha, no era consciente de lo que me estaba pasando. Todo el mundo parecía empeñado en demostrarme que yo era la actriz más extraordinaria que había tenido el cine desde Greta Garbo y me vi cargando yo sola con el peso de una celebridad que no había buscado. Mel me devolvió a la realidad. Restauró mi equilibrio perdido. Me enseñó a no enorgullecerme. Me ayudó a soportar las críticas que siguieron a los elogios. Ya no podría vivir sin él. Además, ha habido demasiados divorcios en nuestras familias como para aceptar uno más».

Quienes la conocen afirman las mismas cosas. Es Mel quien la asesora en los contratos, quien elige su ropa, quien insiste en que no se cambie de pelo, en que no se maquille. («No lo necesita», dice). Él es quien la convenció de retomar los estudios de danza para poder conseguir el papel principal en una película musical, *Funny Face* [*Una cara con ángel*]. Y ahora que Audrey lo ha conseguido, se siente más feliz que su esposa. «Audrey bailará y cantará con Fred Astaire: una ocasión extraordinaria», repite con satisfacción. Dado que la película se rodará en París, donde también él está a punto de empezar otra sobre la vida de Modigliani, ya han decidido dejar el hotel y buscar casa. «La verdad», refunfuña él, «nunca he oído hablar de un marido y una mujer en vías de separación que estén buscando una casa para vivir juntos».

3. Una esposa europea

Sola, melancólica, con una expresión de descontento en sus grandes ojos color avellana, Audrey Hepburn ha vuelto a Roma, y su inconfesada tristeza impresiona a quienes creen en el drama que le atribuyen los cronistas de Hollywood. Audrey llegó al aeropuerto de Ciampino el 8 de enero. Llevaba una gabardina blanca forrada de visón y tenía otra vez el pelo muy corto, después de habérselo dejado crecer para poder llevarlo suelto sobre los hombros en *Ariane* y en *Una cara con ángel*. Parecía más delgada y esbelta que de costumbre, su peinado masculino resaltaba los huesos de su rostro ligeramente pálido y Mel Ferrer no estaba con ella. Retenido en Hollywood por compromisos laborales, tampoco se reunirá con ella en África ni en Europa. «Es la primera vez que vengo a Italia sin mi marido desde que nos casamos», observó Audrey con amargura. «Y yo soy una esposa europea, no puedo tolerar ciertas separaciones con la desenvoltura de las mujeres americanas».

Ha venido a rodar su nueva película, *Historia de una monja*, que cuenta la historia de una chica belga que se hizo monja por vocación y que por vocación volvió a la vida seglar; entre otras cosas, es una historia realmente acaecida. El libro de Kathryn Hulme, que vivió esta experiencia, es ahora un *best seller*. Audrey lo había elegido por esto y también porque era una película sin amor, durante la cual no se vería

obligada a intercambiar ni besos ni abrazos, ni aparecer sexi, ni lucir trajes de fiesta destinados a dictar moda porque, salvo contadas escenas, vestirá constantemente el hábito monacal. En Roma trabajará en los ensayos junto con Zinnemann, que es el director, luego se marchará con el equipo al Congo, donde permanecerá durante un mes, y después irá a Bélgica, donde nació y donde se desarrolla gran parte de la película. Ninguna otra historia podía ser más adecuada para ella en estos momentos que la de Kathryn Hulme, una historia de dolor y conflictos internos, muy adecuada para una mujer que esconde un dolor secreto. Al bajar por las escalerillas del avión se esforzó por mostrarse jovial. Cuando un amigo se lanzó hacia ella para abrazarla, su reacción fulminante fue tenderle rápidamente la mano y murmurar una frase fría y amable. Luego se dirigió al Hotel Hassler, que ha escogido porque allí también viven Fred Zinnemann y su esposa. Y a partir de ese día se volvió cada vez más inaccesible y extraña.

Nunca se ríe. Rara vez sonrío, frunciendo apenas los labios sin pintar, e incluso ha dejado de maquillarse los ojos, que era su forma más llamativa de coquetear. Habla muy poco, rechaza las entrevistas, lleva una vida aburrida. Por la mañana, a las ocho, un coche azul viene a recogerla delante del hotel y la lleva a Cinecittà, ya vestida de monja. No es la primera actriz que vemos vestida de monja: con el velo en la cabeza y el crucifijo en el pecho hemos visto ya a Anna Magnani, Deborah Kerr, Silvana Mangano, Ingrid Bergman, y quién sabe a cuántas más. Pero Audrey lleva ese velo y ese crucifijo con una naturalidad que casi da miedo. En Cinecittà no se acerca a nadie; cuando deja de trabajar en el estudio, se encierra en el camerino, adonde le llevan el almuerzo porque no le gusta entrar en el restaurante. Come muy poco. A las siete de la tarde el coche azul la lleva de vuelta al hotel. Se encierra en su habitación, cuyas ventanas dan a la escalinata de Trinità dei Monti, y sale únicamente para sacar de paseo a su perrito, que se llama Famous, Famouso, un nombre bastante significativo, elegido por ella.

Audrey ama a su Famous, a quien trata como a un niño. Lo llama «Baby», lo besa, le peina atándole una cinta de raso en el mechón de su cabeza; y cada día es una cinta de color diferente, como se hace con los niños. Sus paseos con Famous no duran mucho. Audrey elige